

Monográfico de Cuadernos de pedagogía

PROPUESTAS CONCRETAS

¿Qué pueden hacer los profesionales de distintos ámbitos por la educación?

Primer artículo

¿Qué pueden hacer las ONGs? La FAD y la educación.

Ref:	Proy-0407-01
Versión:	2.0
Fecha:	10/04/2007
Estado:	Publicada

¿Qué pueden hacer las ONGs? La FAD y la educación.

Ignacio Calderón

(Director General de la FAD)



“La educación lo es todo” es el lema que la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción ha venido utilizando en sus campañas de comunicación en los últimos años. Sobre todo desde el momento en que los jóvenes decidieron incorporar las drogas como parte fundamental de sus estilos de vida, como acompañamiento casi imprescindible de sus momentos de ocio y diversión.

Incorporamos el lema “La educación lo es todo” en nuestras campañas y, formulado de esta forma tan genérica, concitó la aprobación de prácticamente todo el mundo. Porque, ¿quién va a marginarse de una corriente mayoritaria de opinión pública que, cuando sufre el impacto de variados problemas juveniles, unánimemente apela a la necesidad de educar y se muestra convencida de que esa estrategia, la educación, sería la mejor de las soluciones?

Y, por otro lado, ¿no parece razonable pensar que el apoyo a la construcción de niños, adolescentes, jóvenes y futuros ciudadanos más seguros, autónomos, solidarios y respetuosos es una manera perfecta – quizá la única manera- de garantizar una sociedad más libre, capaz y segura? No es extraño que, efectivamente, la propuesta “educar lo es todo” sea un envite fácil, sin mucho riesgo de contestación, al menos de entrada.

Si las cosas son así, cabe preguntarse por qué la FAD se planteó la necesidad de incluir en su comunicación un planteamiento tan obvio. Y, sobre todo, por qué algo tan unánimemente demandado y tan razonablemente sustentado no se ha convertido en una prioridad social y, siquiera parcialmente, en un proyecto del que ya se pudiesen observar los resultados de esfuerzos anteriores. Porque lo cierto es que esa apelación, siempre renovada, a la educación, está adquiriendo tintes de eterna asignatura pendiente, cada vez más imprescindible, pero que nadie se preocupa de aprobar.

La sociedad se siente cómoda trasladando el origen de los graves problemas que no es capaz de resolver al ámbito educativo para encontrar allí soluciones. Y no está, en la mayoría de los casos, carente de razón. El problema está en que una vez que sabemos qué habría que hacer para

enfrentarse a esos indeseados problemas, hay que actuar. Y eso ya es otro cantar, pasar “de las musas al teatro” no es siempre fácil, pero en muchos casos, y este es uno, sí es imprescindible. Probablemente hay que hablar menos de las causas de los problemas y hacer más para solucionarlos.

Y en esto, muchas instituciones tenemos gran parte de responsabilidad porque podemos ayudar a que la sociedad se ponga en marcha y entienda que es fundamental que cada uno, desde su posición, asuma sus compromisos activos de intervención aprendiendo lo que puede hacer y después, y de forma inmediata, haciéndolo.

En lo que respecta a la Fundación que represento, puedo decir que si nos planteamos esa estrategia de movilización fue, permíteme la redundancia, para eso, para movilizar. Lo que pretendíamos era fijar la atención sobre esa eterna apelación tópica, “hay que educar”, desvelando lo que tenía de estereotipo alienado de responsabilidades, de vacuna tranquilizadora para la conciencia social y remedio para cualquier fractura. Queríamos que se reflexionase sobre ello, descubriendo las inconsistencias y tratando de hacer presente su dimensión de responsabilidad, que lo convierto en un proyecto difícil pero realista.

Porque, y eso quizás explique el segundo de nuestros interrogantes, lo importante no es ponernos de acuerdo en que hay que educar a nuestros hijos; lo realmente trascendente es respondernos sobre quién debe educar, y cómo debe hacerlo. Es en ese momento de la crítica, de la toma de conciencia, cuando se hacen presentes las discrepancias. Nuestra sociedad, todos quienes la integramos, al enfrentar el desafío educativo, parecemos parafrasear la proclama suicida: “¡que eduquen ellos!”.

Como si fuese posible no educar. Como si la transmisión de valores, criterios y pautas de socialización no fuera una condición inherente a las relaciones humanas. Y más todavía a unas relaciones mediadas por el afecto, como son las familiares. La opción no es “educar” o “no educar”. El dilema se plantea entre educar bien o educar mal; entre transmitir un armazón ideológico, actitudinal y comportamental que sirva para nuestra vida, que coopere en esa promoción de individuos y sociedades más desarrolladas, más seguras y libres, o que sólo valga para defender los intereses individuales inmediatos, al margen de la exigencias colectivas.

La educación, no por estrategia sino por concepción inicial, o es algo que cada uno desde su papel nos planteamos como un objetivo común, que por otra parte exige de todos un planteamiento ordenado de lo que se debe y se puede hacer, o de otra manera es imposible. Cada cual debe educar en su parcela, siempre sin perder de vista la tarea colectiva. Sólo de esa

forma la apelación, siempre reiterada, dejará de ser una proclama vacía y exculpatoria, para convertirse en una realidad no sólo necesaria sino también factible.

La llamada crisis de la educación no está tanto en fallos o problemas estructurales, programáticos o de dotación – que los hay- cuanto en este divorcio entre los distintos agentes de una tarea que sólo desde el compromiso colectivo se hace posible.

Desde su parcela de responsabilidades, desde su disposición a colaborar y ayudar a los padres y maestros en su indelegable responsabilidad educativa, eso es lo que la FAD pretende, y eso es lo que querríamos transmitir.

Ignacio Calderón